

La medicina en la obra literaria de José Luis Sampedro

Josep-E BAÑOS, Elena GUARDIOLA

Departamento de Ciencias Experimentales y de la Salud. Universitat Pompeu Fabra. Barcelona (España).

Autor para correspondencia: Josep E Baños. Correo electrónico: josepeladi.banos@upf.edu

Recibido el 8 de octubre de 2017; aceptado el 10 de octubre de 2017.

Como citar este artículo: Baños JE, Guardiola E. La medicina en la obra literaria de José Luis Sampedro. Rev Med Cine [Internet] 2017;13(4): 199-205.

Resumen

José Luis Sampedro (1917-2013) fue un economista español que se dedicó desde joven a la literatura, aunque su éxito de público le llegó a edad madura. Su padre era médico y él mismo se interesó por serlo durante un tiempo. Muchas de sus obras contienen referencias a la medicina y a la fisiología, especialmente dos de ellas, *La sonrisa etrusca* (1985) y *Monte Sinai* (1995). En la primera realizó un análisis de los efectos de una grave enfermedad en una persona anciana y cómo su vivencia se modula con la presencia de su nieto. En la segunda, Sampedro describió su ingreso en el Hospital Mount Sinai de Nueva York a raíz de una grave endocarditis que amenazó su vida. El relato describe las emociones asociadas a la amenaza vital y cómo el contacto humano consigue aliviarlas. El presente artículo analiza estas dos obras pero también aspectos relacionados con la medicina de otras de sus novelas y textos de carácter autobiográfico o de opinión.

Palabras clave: literatura, cardiología, aspectos emocionales asociados a la enfermedad, relación médico-paciente.

Medicine in the literary work of José Luis Sampedro

Summary

José Luis Sampedro (1917-2013) was a Spanish economist who wrote literary works since his youth, although the public success did not reach him until his maturity. His father was physician and Sampedro himself was interested in becoming medical doctor during a time. Many of his literary works contain references to medicine and physiology, especially two of them, *La sonrisa etrusca* (1985) and *Monte Sinai* (1995). In the first, Sampedro analyzed the effects of a severe disease in an elderly man, and how his illness experience is modulated by his grandson. In the second, he described his stay in the Mount Sinai Hospital after a severe endocarditis that threatened his life. The narrative shows the emotions associated with the vital threaten and how the human contact relieved them. This paper analyzes these two literary works but also some of the other novels and autobiographical works.

Keywords: Literature, Cardiology, Emotional factors associated to disease, Doctor-patient relationship.

Los autores declaran que el artículo es original y que no ha sido publicado previamente.

Este año se conmemora el centenario del nacimiento de José Luis Sampedro. Economista de profesión, con actividades en la universidad, la administración y la empresa privada, Sampedro fue un personaje singular al que más se admira cuanto más se le conoce. Fue autor de una notable obra literaria, con obras que tuvieron un notable éxito de público, y con una actividad social que le convirtieron en una figura ampliamente conocida en la sociedad española. Existen numerosas publicaciones sobre su vida y obra¹⁻⁹, por lo que aquí no entraremos en su análisis detallado. Así, nos referiremos a los aspectos biográficos y literarios solo para acotar determinados aspectos de los que trata el presente artículo. La Tabla 1 recoge sus novelas, cuentos y otras obras, excepto las de tema económico. A los interesados en profundizar en el conocimiento de este autor, les recomendamos la web de la Asociación Amigos de José Luis Sampedro¹⁰.

Este artículo tiene como objetivo revisar la relación personal de Sampedro con la medicina, así como la presencia de ésta en su obra.

Tabla 1. Principales obras de José Luis Sampedro*.

Novelas	
	<i>La estatua de Adolfo Espejo</i> (1939; publicada en 1994).
	<i>La sombra de los días</i> (1947; publicada en 1994).
	<i>Congreso en Estocolmo</i> (1951).
	<i>El río que nos lleva</i> (1961).
	<i>El caballo desnudo</i> (1970).
	<i>Octubre, octubre</i> (1981).
	<i>La sonrisa etrusca</i> (1985).
	<i>La vieja sirena</i> (1990).
	<i>Real Sitio</i> (1993).
	<i>Monte Sinai</i> (1995).
	<i>El amante lesbiano</i> (2000).
	<i>La senda del drago</i> (2006).
	<i>Cuarteto para un solista</i> (2011) (con Olga Lucas).
Cuentos	
	<i>Mar al fondo</i> (1992).
	<i>Mientras la tierra gira</i> (1993).
Otras obras	
	<i>Escribir es vivir</i> (2005, en colaboración con Olga Lucas).
	<i>Los mongoles en Bagdad</i> (2005).
	<i>La paloma de cartón. Un sitio para vivir. El nudo</i> (escritas en 1948, 1955 y 1982, respectivamente; publicadas en 2007).
	<i>La ciencia y la vida</i> (2008, con Valentí Fuster, en colaboración con Olga Lucas).
	<i>Sala de espera</i> (2014).
	<i>La vida perenne</i> (2015).

*No se incluyen las de ámbito/tema económico.

Apunte biográfico

José Luis Sampedro (Foto 1) nació en Barcelona el 1 de febrero de 1917. Al cumplir un año y medio, su familia se trasladó a Tánger. Allí vivió hasta los trece, cuando su padre, médico militar, fue destinado a Aranjuez, donde ejerció en el Colegio de Huérfanas del Ejército "María Cristina". Aunque Sampedro consideró la posibilidad de estudiar la licenciatura de Filosofía y Letras, no la cursó porque la situación económica de su familia no permitía que los tres hijos estudiaran una carrera universitaria. Por ello, decidió estudiar una carrera corta que le permitiera alcanzar un trabajo bien retribuido y no ser una carga familiar. Con este objetivo se trasladó a Madrid en 1933, donde estudió en la Academia Oficial de Aduanas y aprobó las oposiciones para técnico dos años más tarde. Fue destinado a Santander, donde le sorprendió la Guerra Civil a los diecinueve años.

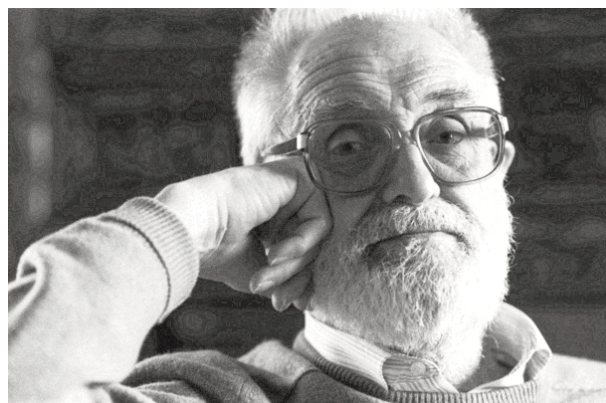


Foto 1. José Luis Sampedro (1917-2013).

La ciudad se encontraba bajo control republicano, por lo que Sampedro acabó en una unidad de anarquistas del ejército republicano; convivió entonces con hombres muy alejados de su clase social y pensamiento político. Al ser ocupada la ciudad por las tropas nacionales, pasó a formar parte de éstas hasta el final de la contienda. La experiencia de encontrarse en ambos bandos, aunque él se sentía más próximo al nacional, le confirió en adelante una visión más crítica de la realidad española hasta convertirse, muchos años más tarde, en un crítico incansable y mordaz del modelo económico y político de la España de finales del siglo XX y de principios del XXI.

Al término de la guerra volvió a su trabajo como agente de aduanas en Melilla, hasta que se trasladó a Madrid. Allí empezó a estudiar Ciencias Económicas, estudios que finalizó en 1947 con premio extraordinario.

En 1948 fue nombrado profesor encargado de curso de Estructura e Instituciones Económicas y se integró en el Servicio de Estudios del Banco Exterior de España. En 1955 fue nombrado catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Complutense de Madrid. En los años siguientes trabajó como economista y publicó varios libros de esta área.

Tras las represalias contra José Luis Aranguren y Enrique Tierno Galván por manifestar sus principios democráticos en 1969, mostró su solidaridad con ellos, abandonó su vinculación universitaria y se trasladó a Gran Bretaña, donde fue profesor visitante en varias universidades británicas. Tres años más tarde volvió a España y fue profesor de Ética en la Universidad Complutense. La actividad universitaria fue la que más le llenó toda su vida; según refirió más tarde Olga Lucas, su segunda esposa, que le ayudó de forma importante en la edición de sus últimas obras, a causa, en parte, de las deficiencias auditivas que afectaron a Sampedro al final de su vida.

Sampedro se dedicó muy pronto a la literatura, aunque sus primeras obras tardaron en publicarse. Así, escribió *La estatua de Adolfo Espejo* y *La sombra de los días* en 1939 y en 1947, respectivamente, pero no vieron la luz hasta 1994 y su obra de teatro *La paloma de cartón*, escrita en 1948, no se publicó hasta 2007. La tabla 1 recoge su obra literaria publicada.

El 1 de febrero de 1990 fue elegido para ocupar el sillón 'F' de la Real Academia Española de la Lengua, donde ingresó el 2 de junio con el discurso *Desde la frontera*, en el que criticaba el efecto perjudicial del consumismo en la sociedad contemporánea. La propuesta la presentaron el 4 de enero de 1990 Rafael Lapesa, Gregorio Salvador y Antonio Buero Vallejo y tuvo que enfrentarse a la de Francisco Umbral, que apoyaron Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza. Durante su vida recibió numerosos reconocimientos, entre los que destacó el nombramiento como senador de designación real (1977), la Orden de las Artes y las Letras de España (2010) y el Premio Nacional de las Letras Españolas (2011). En sus últimos años, Sampedro fue muy crítico con la situación política mundial y, especialmente, con la española. Criticó la manipulación de la opinión pública, la falta de pensamiento crítico y la ausencia de una adecuada formación de los ciudadanos para tomar decisiones de forma consciente. En esta dirección, apoyó el movimiento político del 15-M del que fue un referente, junto a Stéphane Hessel, a quien prologó su conocido libro *¡Indignaos!*¹¹. Falleció el 8 de abril de 2013, en Madrid, a los 96 años de edad.

La relación de Sampedro con la medicina

Diversos estudios han analizado la vertiente literaria, económica y política de la obra de Sampedro. Sin embargo, es menos conocida su relación con la medicina, por motivos familiares primero y por sus propias experiencias como paciente después. Como se ha referido previamente, el padre de Sampedro era médico militar, lo que hizo que deseara cursar estudios de Medicina¹ ("A los trece años quería ser médico, como mi padre. Hasta el extremo de que para preparar la asignatura de Anatomía e Higiene, en el colegio de Tánger, me leí pasajes del tratado de Anatomía de Testut, que mi padre había utilizado para la carrera"). Fue su propio padre, sin embargo, quien le disuadió, argumentando que "las frustraciones que creaba el ejercicio de la medicina eran muchas". Esto hizo que cambiara de opinión y, teniendo en cuenta que no le atraían tampoco especialmente las ciencias y que ya tenía intereses culturales, escogió Filosofía y Letras como meta.

El segundo contacto de Sampedro con la medicina, éste con consecuencias literarias, provino de la enfermedad que sufrió mientras visitaba a su hija en Nueva York en 1995. Mientras se encontraba en casa, se sintió enfermo y fue ingresado en el Hospital Mount Sinai¹². La estancia hospitalaria motivó un relato corto de gran interés, *Monte Sinaí*, publicado inicialmente dentro del volumen *Fronteras*, en 1996, y después, de forma independiente, en 1998. Durante su ingreso fue tratado por el cardiólogo catalán Valentí Fuster de Carulla, lo que originó una larga amistad que, posteriormente, dio lugar a una interesante obra, fruto de una serie de diálogos entre ambos en el castillo de Cardona (Cataluña), que se publicó con el título *La ciencia y la vida*¹³.

El tercer contacto, esta vez ya en el mundo de la ficción, fue la obra con la que le llegó el éxito popular, *La sonrisa etrusca*¹⁴. En ella, Sampedro realizó un espléndido análisis de los efectos de la enfermedad, y especialmente de la vejez, en un hombre mayor que sale de su pueblo de Calabria para ser tratado en Milán de una grave enfermedad, mientras vive con la familia de su hijo. En la novela se describe magistralmente, desde la edad avanzada, la visión de la enfermedad, la amenaza vital, el declive físico, la difícil convivencia con su familia y, finalmente, la felicidad del contacto con su nieto y de la relación con una mujer.

En este artículo consideramos más detalladamente estas dos obras, que nos parecen las más importantes en su relación con la medicina.

La sonrisa etrusca

Otros autores ya han tratado las características literarias de esta obra^{9,15}, por lo que solo consideraremos su relación con temas médicos. Decía Sampedro que la idea le surgió de una visita que hizo a su hija en 1981, en la que conoció a Miguel, su único nieto, nacido el año anterior. Así lo explicaba, mucho más tarde, reconociendo que su nieto, sin duda, le había impulsado a escribir *La sonrisa etrusca*¹⁶: “Ese libro no lo escribí yo, fue mi nieto quien, desde su cuna, me lo iba dictando al oído. Mi pluma sólo fue un instrumento a su servicio”. Según refería, aquella noche tuvo suerte: “La vida me dio clarividencia y el niño se me hizo futuro germinando en mis brazos. Me vi ya muerto, pero recordado en él. Me deleité en ser viejo porque así paladeaba mejor aquel instante inmortal”. Y lo que en principio pensó que sería un cuento, el verano de 1983 “ya había crecido hasta ser una novela”.

El protagonista de la obra es Salvatore, un anciano calabrés, que viaja a Milán para ser tratado de una grave enfermedad que, a la postre, puede ser la última de su vida. En la obra no queda claro de qué dolencia se trata, aunque la presencia de rectorragias periódicas sugiere un cáncer colorrectal. Mientras se la tratan, vive con su hijo, su nuera y su nieto, Brunettino. Este niño le despierta sentimientos desconocidos y le convierte en una persona diferente, que encuentra el valor de la vida en las pequeñas cosas como, por ejemplo, la belleza de una estatua en la que se perfila la sonrisa que da el título a la novela. El nieto actúa como un revulsivo completo que cambia la manera de vivir de Salvatore y le hace sentir de forma más humana y estimar de nuevo la vida. Contribuye a ello también la atención de Hortensia, con la que establece una relación amorosa en la ancianidad. La vivencia de esta relación sentimental se realiza desde un punto de vista que recuerda en cierta manera a la que plasma magistralmente García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera* (el propio Sampedro habló sobre esto con G. Palacios en una larga conversación sobre sus obras y creencias¹. También hace referencia Sampedro a la vida sexual de los ancianos y refleja claramente su opinión cuando afirma que “Ésta es una sociedad que reprime el gozo de la piel y la sexualidad en la vejez”. Argumenta que, en el caso masculino, esto obedece a una sexualidad centrada en la penetración por lo que cuando ya no funciona, se piensa que ha terminado todo y a que, en muchas mujeres, se asocia la menopausia a final de la vida sexual. Sampedro cree que “los médicos saben poco de los viejos y sus problemas y dudas en el plano sexual” así como que “La decadencia y la pérdida de la potencia sexual es sin duda penosa y más aún tras una educación machista y en un ambiente donde prevalece esa actitud, pero una vez asumida

conduce a valorar mucho más que antes el cariño, las caricias sin prisas, la sensibilidad en la piel, ahora son un fin en sí mismos y no un medio de provocar la excitación”.

Esta obra contiene numerosos fragmentos de interés para los profesionales sanitarios. Por ejemplo, la primera visita del protagonista al especialista (copiamos literalmente algunos fragmentos por su interés): “Como el lenguaje ‘corriente’ del profesor es el de la radio cuando vulgariza, el viejo se arma de paciencia, captando sólo algunas expresiones: ‘procesos patológicos’, ‘recursos de la ciencia’, ‘adelantos modernos’, ‘alternativas terapéuticas’ [...] Hasta que al cabo de un rato, el profesor le dedica una cautivadora sonrisa final: ¿Me ha comprendido usted, querido señor? ‘¿Se burla de mí o qué?’ reacciona el viejo. Y contraataca tan impasible como en la guerra: No, no he comprendido. Ni me hace falta. Marca una pausa, paladeando el desconcierto en el rostro doctoral, y continúa: Lo único que necesito saber, profesor, es cuándo voy a morirme”.

La enfermedad progresa y Salvatore presenta también cuadros de desorientación, quizá producidos por una afectación cerebral. En uno de ellos ataca a una cuidadora de su nieto pensando que es una espía alemana y en otro se pierde en la ciudad y su hijo debe recogerle en la comisaría. Al final de la obra, interpreta como una herida de bala la aparición de un dolor torácico mientras cuida de su nieto, confundiendo la situación con los recuerdos de su participación en la II Guerra Mundial como partisano: “De súbito, su dulce carga le pesa infinitamente y el viejo ya no puede sostenerla. ‘Como a San Cristóforo’, piensa, mientras le hiere un dolor en el pecho, un calambre feroz arrancándole el brazo. Caer de rodillas sobre la cama, soltando al niño”. “Me han dado, hijo; un fascista emboscado... Pero no tengas miedo; estás con Bruno... ¡Con Bruno! Y siempre tengo suerte con las balas... Pronto llegaremos y Hortensia nos espera. Te cuidará mientras me curo... Ya la quieres y ahora es tu abuela, ¿sabes? ¡La mejor del mundo!... No te apures tesoro; te llevaré a sus brazos [...]” “Veo mal... El sol... Me ciega, al salir de la umbría”. “Calla para ahorrar fuerzas, pero su mente prosigue, mientras el dolor va cerrando implacable tenaza en torno a su pecho”. Poco después expira.

Esta obra tiene mucho de autobiográfico; incluso el protagonista tiene la misma edad que Sampedro, sesenta y siete años. En este sentido, destaca especialmente la relación del escritor con su nieto Miguel, que se refleja en la de Salvatore y su nieto Brunettino¹. Como refieren muchos abuelos, Sampedro explica que su vivencia de abuelo le produjo mucha más ternura que su vivencia de padre. En su caso, en parte porque a su hija la

veía menos a causa de sus numerosas ocupaciones y además porque la niña crecía sin problemas, mientras que su nieto tardó bastante en hablar; recuerda que su nieto le producía una angustiosa sensación de desamparo cuando “de noche se bajaba de su cuna y aparecía en mi cuarto con su pelele blanco”. En cualquier caso, afirma “sin ese nieto yo no hubiera escrito nunca *La sonrisa etrusca*”.

Sampedro sentía un especial agradecimiento a esta obra, que le había proporcionado muchas satisfacciones, especialmente porque le constaba que era una de las preferidas y de las más utilizadas en muchos talleres de lectura para iniciar a adultos en el mundo de los libros y la lectura¹⁷.

Monte Sinaí

En mayo de 1995 Sampedro se encontraba en Nueva York visitando a su hija. Empezó a sentirse mal, con fiebre, y su médico de cabecera le aconsejó que acudiera al Centro de Cardiología del Hospital Mount Sinaí. Así describió la situación¹²: “Mi enfermo corazón, cuyas arritmias, soplos y desaforadas distonías habían alarmado a nuestro médico de cabecera hasta el punto de apresurar la hospitalización”. A pesar de que percibía la gravedad de la situación a través del comportamiento de su hija, no era del todo consciente de su situación (“Mi hija, caminando al lado de mi vehículo, compartía estos temores, pero en cambio mi estado de ánimo durante la travesía, bajo las luces subterráneas de neón, era ajeno a toda inquietud y se remansaba en una sosegada curiosidad. Ni siquiera la idea de que a ella le costaba trabajo disimular [...] despertó en mí el menor desasosiego”). Recuerda que pensó “Debo estar muy débil”, mientras se dejaba llevar (“ ‘Dejándome llevar’, esa era la más cabal expresión de mi indiferente desasimiento en aquellos instantes”).

Se le diagnosticó una endocarditis; aunque al principio su estado no parecía grave, pronto empeoró. Una noche presentó un súbito agravamiento, que le produjo una parada cardíaca. Sampedro relata sus sensaciones y recuerdos durante los días que permaneció en la unidad de cuidados intensivos. Así lo explica (copiamos fragmentos literales de la descripción, dado el interés de sus palabras: como paciente explica cómo vivió las maniobras de reanimación a que fue sometido): “Cuando anoche no me he muerto es que ya no me muero, por ahora [...] Dormía plácidamente y, de pronto, se desató la violencia. Unos asaltantes me zarandeaban y antes casi de abrir los ojos me descubrí sentado en la cama por fuerza. Protesté iracundo: ¡Estoy bien, déjenme dormir!, pero fue inútil. Sentí un pinchazo de una inyección, me vi rodeado por

cinco personas agitadas, me parecieron sayones, recordé las detenciones de madrugada, ‘¿me sacan de aquí?, ¿qué pasa?’ Nadie me explicaba nada [...] Sentí algo pegajoso y frío aplicado contra mi pecho: un cuadrado metálico como una loseta, sujeto por el pegamento habitual [...] Así fue mi noche de Resurrección [...] Huracanada noche de un piloto al timón, capeando la tempestad aguardando los golpes de mar como yo los latigazos de las placas eléctricas, azotándome cada vez más que mi corazón bajaba de no sé qué nivel [...] Dormí pesadamente y a la mañana cavilé sobre el suceso. Hubiese muerto sin mis electrodos, pues nada me dolía. Muerte en paz, como la del esquimal viejo, piadosamente abandonado por los suyos en el banco de hielo cuando ya no cabe salvarlo, pues helándose poco a poco se extinguirá sin dolores”.

En esta experiencia Sampedro explica, una vez acaba la reanimación, el apoyo y el alivio que sintió gracias una de las enfermeras: “El jefe y sus hombres se retiraron, sólo quedó una enfermera, la que me había inyectado. Me fijé en ella, una mujer de color, gruesa, de mediana edad”. Sampedro siente que la enfermera ha notado su intranquilidad: “Debió de percibir la angustia en mis ojos, mirada de animal en matadero, porque tomó mi mano entre las suyas y empezó a hablarme en español. Su voz salía con sosiego de entre sus dos mejillas, rostro a la vez risueño y grave, explicándome que mientras yo dormía mi corazón se dejaba caer hacia su final...”. Y agradece las explicaciones que le da y el consuelo y ánimo que le transmite: “Por fortuna, mis cinco electrodos alertaron en las pantallas del cuarto de guardia, el médico envió al grupo, las descargas en mi pecho sostenían el corazón mientras actuaba el fármaco [...] La explicación me solidarizaba agradecido con mis asaltantes y la mano rolliza de la negra era una caricia: ‘eso va mejor, niño’ ”. Un precioso relato sobre el papel tan importante que los profesionales de enfermería desempeñan no sólo en el tratamiento y cuidado del paciente, sino también en el acompañamiento de la persona enferma.

Sampedro superó la enfermedad, si bien le quedaron algunas secuelas. A su regreso a España, reflexiona sobre su situación y sobre la muerte, que ha tenido tan cerca, y la posibilidad de que se repita lo que ya le ha sucedido: “No es sensato engañarse: Sinaí ha sido la última frontera: el próximo accidente no desembocará otra vez en mi vida”. Es interesante lo que dice sobre la muerte: “La muerte, como tantas veces pienso, no es importante para uno sino para quien nos quiere. Para ellos hay que vivir, por ellos no está aún la vida cumplida (como antes pensé) y por ellos hay que seguir viviendo aunque, no nos engañemos, en estado muriente [...]

En el umbral de los ochenta años ya va siendo hora de empezar de nuevo”.

La experiencia sufrida caló hondo en Sampedro. Diez años más tarde la recordaba y sugería la lectura de esta obra como reflejo de su visión sobre la muerte, añadiendo además¹⁷: “En esas páginas queda claro que la muerte no me preocupa, porque como dijo Epícteto, cuando yo estoy, ella no está y cuando ella está yo ya no estoy, pero sí me preocupa el cómo morir. Y, en la supervivencia, porque pueden ustedes constatar que sobreviví a esa experiencia, me preocupa no sólo el por y para qué vivir sino el para quién. Tuve la inmensa suerte de que alguien me esperó al pie de Monte Sinaí para ayudarme a cruzar el puente de Shinvat”. Ese alguien era Olga Lucas, su segunda esposa, a quien dedicó *El amante lesbiano*¹⁸ con una referencia a ese puente.

De ese ingreso hospitalario nació una relación de amistad con Valentí Fuster, el cardiólogo que le atendió. Sampedro recordó más tarde cómo su visita a las diez de la noche del día de su ingreso ya empezó a aliviarle de su enfermedad¹³.

La medicina en otras obras de Sampedro

La mayoría del resto de las obras de ficción de Sampedro no contiene referencias notables a la medicina, si bien hay alguna excepción. Por ejemplo, en *Congreso en Estocolmo*¹⁹, publicada en 1952, uno de los personajes secundarios de la novela, una química y médica india, tiene un especial interés por la química de los esteroides y su aplicación en pediatría. Lo justifica por la dificultad de utilizar cortisona debido a su elevado precio y a la posibilidad de utilizar un derivado extraído de vegetales que permitiría la fabricación de cortisona a precio más bajo.

No sabemos exactamente de donde procedía esta idea de Sampedro; lo cierto es que está basada en hechos científicos. Cabe recordar que en 1950 se concedió el premio Nobel de Medicina y Fisiología a los científicos estadounidenses Kendall y Hench, junto al sueco Reichstein, por el aislamiento de las hormonas de la corteza suprarrenal, entre ellas la cortisona. Los dos primeros habían realizado sus descubrimientos en 1935 y la compañía Merck había comercializado la cortisona sintética en 1948. Sin embargo, el proceso de síntesis era muy caro, entre otras cosas por el empleo de tetraóxido de osmio y por una secuencia sintética de 36 pasos desarrollada por el químico Lewis Sarett, que iniciaba la síntesis a partir del ácido deoxicólico obtenido de los ácidos biliares. Un año después, el químico norteamericano Percy Julian anunciaba un nuevo método que eliminaba la

necesidad de empleo del tetraóxido de osmio y que permitía una síntesis mucho más fácil y barata a partir de la pregnenolona, obtenida a partir del esteroide estigmasterol presente en el aceite de soja. También en 1948, el New York Times anunciaba la posibilidad de obtener la cortisona a partir de una planta africana, el estrofantó. Muy probablemente, Sampedro había leído las noticias o alguien se lo había comentado, lo que podría haberle inspirado la figura de la médica india y su empeño científico.

El interés de Sampedro por la medicina y la biología también aparece, al menos, en otras dos de sus obras. En la voluminosa *Octubre, octubre*²⁰, una de las protagonistas hace varios comentarios sobre los avances científicos de la biología y sus compromisos bioéticos y se refiere a las nuevas técnicas de inseminación y fertilización *in vitro* y a la genoterapia: “Voy a dedicarme más a la biología” [...] “La biología revolucionando las instituciones. La familia de hoy, concebida para una especie con dos sexos en número prácticamente igual, con fertilización interna y una gestación de nueve meses. Todo eso se viene abajo con la inseminación artificial o cuando se trasplante el huevo fertilizado o el embrión reciente de una mujer a otra. ¿Quién será entonces la madre?” [...] “La genética, ¡eso sí que es la revolución! ¡Cuántas desgracias se aliviarán con la genoterapia! Los pobres subnormales, esas ‘taras por los pecados de los padres’, según la antigua Iglesia, barridas por la ciencia. Esos ‘castigos de Dios’: ¡qué religión más salvaje! La genética revolucionando nuestras vidas”.

Más adelante este personaje se interesaba también por la neurobiología del dolor con una referencia a las endorfinas endógenas, descubiertas tan solo seis años atrás por Hughes y Kosterlitz en Aberdeen, y dice (otra prueba del interés de Sampedro por reflejar avances médicos en sus obras): “Comentando el artículo sobre endorfinas con don Estanislao -¡qué viejo fascinante; tan de otro tiempo! -, sonrió y me buscó un libro en la biblioteca. *La inmortalidad y los orígenes del sexo*, de Nóvoa Santos, 1931. Explica la frecuente euforia anterior a la muerte, por una ‘psicosis tóxica’. Algo así como una impregnación del cerebro por venenos endógenos, parecidos a estupefacientes” [...] “Degradado el dolor al racionalizarlo. Reducido a niveles cerebrales: mesoencéfalo, rinoencéfalo, tálamo, córtex. Afrontado con analgesia ¿Acaso el dolor sólo existe para ser anulado químicamente?”

El interés neurobiológico reaparece en *Cuarteto para un solista*²¹, su última obra, escrita al alimón con su esposa. En ella, un catedrático jubilado, ingresado en un sanatorio psiquiátrico, recibe la visita de los cuatro elementos (tierra, agua, aire, fuego) con los que establece

conversaciones sobre el futuro de la humanidad. Estos delirios causan la sorpresa de su hija, su médico y su enfermera, con quien el profesor los comparte y racionaliza. Más allá del tema psiquiátrico, Sampedro volvió a manifestar este interés por la neurología, con la incorporación del comportamiento social como metáfora literaria: “La neurona es al hombre lo que el hombre al Cosmos. Desde el Renacimiento el hombre ha visto el organismo humano como un microcosmos reproductor de la estructura del Cosmos, una imagen del Todo. Es decir, la situación del hombre como partícula del Cosmos es similar a la de la célula como partícula del hombre. Dicho de otro modo, dentro del Cosmos que es el Todo, el hombre sería equiparable a la célula, pero no a una cualquiera, sino a la única célula pensante. Las neuronas, con sus variedades motoras, sensoriales y otras, con sus ejes y sus dendritas enlazándose entre ellas, formando grupos como los conjuntos humanos sociales, son para mí la mejor imagen del ser humano, con su privilegio del pensamiento y de la idea de la acción”.

Conclusiones

Las obras literarias constituyen una fuente importante de conocimiento de la vivencia de la enfermedad por parte de los pacientes. La obra de Sampedro incluye relatos de gran interés en esta dirección, como *Monte Sinaí* y *La sonrisa etrusca*. La primera es una obra de gran utilidad para comprender la influencia de la enfermedad en quien la sufre, la reacción ante la amenaza vital y la reflexión sobre la fragilidad de la vida. Estos aspectos son de gran importancia en la formación de los profesionales de la salud, por lo que se ha sugerido su empleo pedagógico en estudiantes de medicina²². *La sonrisa etrusca* tiene un gran valor para comprender la vivencia de la enfermedad grave y la relación con los médicos y la familia, así como su afrontamiento en el contexto de la ancianidad. La obra tiene interés para explicar el proceso de aceptación de una enfermedad grave y cómo la vida puede ser vivida a pesar de ello. El propio Sampedro refería que varias personas le habían comentado que su lectura había ayudado a familiares suyos en la fase final de una enfermedad¹³. Sería un ejemplo de la llamada biblioterapia, un tratamiento adyuvante que ha sido aconsejado recientemente en el caso de enfermedades crónicas y graves²³.

Referencias

1. Palacios G. José Luis Sampedro. La escritura necesaria. Madrid: Ediciones Siruela; 1996.
2. Nòria Jové M. *Octubre, octubre*. Introducción a la novelística de José Luis Sampedro. Tesis doctoral. Lleida: Servei de Publicacions. Universitat de Lleida; 1999.

3. Hernández Sánchez MT. Función poética de algunos personajes femeninos en José Luis Sampedro. *Vector Plus*. 2000;(16):47-58.
4. Martín Martín F. Palabras y memorias de un escritor: José Luis Sampedro. Oleiros (La Coruña): Netbiblo; 2007.
5. Martín Martín, F. La obra teatral de José Luis Sampedro, edición crítica. Barcelona: Debolsillo; 2007.
6. Moreno Martínez M. José Luis Sampedro: literatura y plenitud. (El autor en su obra). Málaga: Ágora; 2002.
7. Simó Comas M. Imágenes de la dualidad en el universo literario de José Luis Sampedro. Sevilla: Alfar; 2007.
8. Sanz Villanueva S. Trayectoria literaria de un anarquista ético. *Revista Cálamo FASPE*. 2013;(61):111-4.
9. Garrido Echevarría N. El viaje de Salvatore en *La sonrisa etrusca*: desarrollo del personaje a través del espacio y el amor. Falun: Högskolan Dalarna. 2015. p. 1-32.
10. Asociación Amigos de José Luis Sampedro.
11. Sampedro JL. Prólogo. Yo también. En: Hessel S, editor. ¡Indignaos!. Barcelona: Destino; 2011.
12. Sampedro JL. Monte Sinaí. Barcelona: Plaza y Janés; 1995 [se ha consultado la edición de Random House Mondadori de 2013].
13. Fuster V, Sampedro JL, Lucas O. La ciencia y la vida. Barcelona: Random House Mondadori; 2008.
14. Sampedro JL. La sonrisa etrusca. Madrid: Alfaguara; 1985 [se ha consultado la edición de RBA de 1993].
15. Baltar Pombo S. El proceso de convertirse en abuelo de la mano de un bebé: su propio nieto. *Revista Padres y Maestros*. 1992;(182-183):10-3.
16. Sampedro JL. La semilla de “La sonrisa etrusca”. *El Ciervo*. 2010;(709).
17. Sampedro JL. Escribir es vivir. Barcelona: Areté; 2005.
18. Sampedro JL. El amante lesbiano. Barcelona: Areté; 2000.
19. Sampedro JL. Congreso en Estocolmo. Madrid: Aguilar; 1951 [se ha consultado la edición de Alfaguara de 1983].
20. Sampedro JL. Octubre, octubre. Madrid: Alfaguara; 1981 [se ha consultado la edición de Destino de 1992].
21. Sampedro JL, Lucas O. Cuarteto para un solista. Barcelona: Random House Mondadori; 2011.
22. Baños JE, Guardiola E. Utilidad de los textos literarios en la docencia de las ciencias de la salud: ejemplos en cardiología. *FEM*. 2015;18:5-14.
23. Hidalgo A, Cantabrana B. Efectos terapéuticos de la lectura. *Rev Med Cine*. 2017;13(2):75-88.



Josep-E Baños es doctor en Medicina y profesor de Farmacología en la Facultad de Ciencias de la Salud y de la Vida de la UPF desde el año 2002. Es director del Grupo de Investigación Educativa en Ciencias de la Salud de esta universidad. Fue miembro del grupo que recibió una distinción de calidad a la innovación docente de la Generalitat de Catalunya por el empleo de películas comerciales en la docencia de la licenciatura de Biología en 2009.



Elena Guardiola es doctora en Medicina. Investigadora asociada en la Facultad de Ciencias de la Salud y de la Vida de la UPF desde 2007, se ha especializado en información, documentación y redacción científica, áreas en las que ha impartido numerosos cursos. Su interés por la relación entre la medicina y la literatura se ha plasmado en la participación en varios proyectos así como en la publicación de diversos trabajos.